

De la fecundación mutua de las potencias, contra su destrucción mutua

Traducido automáticamente de la versión original francesa
por GPT-5.6 Sol en modo Extra-High

Pablo Arnault

10 de agosto de 2026

Resumen

Las ideas o visiones que golpean nuestra mente como reacción a la percepción de nuestro entorno o a la interocepción de nuestro organismo son algo relativamente común. Cuando estos fenómenos internos a nuestro ser se vuelven demasiado difíciles de soportar por su violencia, entramos entonces en el terreno de la patología mental. Sostenemos en primer lugar (primera tesis) que, no obstante, nunca deben negarse esas ideas o visiones, y en este punto coincidimos con las terapias cognitivo-conductuales (TCC). Estas TCC recomiendan distanciarse sensorialmente cuanto sea posible de dichos fenómenos internos para no sufrir demasiado por ellos, pero observarlos aun así, por tanto desde lejos, desde la conciencia — en eso consiste la no negación de las TCC. Nietzsche, por su parte, recomendaría en muchos casos abrazarlos previamente y con intensidad, desde su gestación bajo la forma de pulsiones en nuestro cuerpo, en nuestra fisiología, con el fin de que, si a pesar de esta actitud terminan por transmutarse y cobrar forma en nuestra mente, ello no ocurra de manera demasiado repentina y dolorosa. Y si esas pulsiones, o las visiones o ideas que de ellas se derivan, entran en conflicto entre sí, desde esta perspectiva nietzscheana es deseable que libren una lucha “a muerte” y que venza la más viva — la lucha puede ser simplemente “hasta la derrota”, pero esta es ya una posición guerrera muy clara. Queremos proponer aquí otra solución, consistente en una suerte de *dialectización hegeliana* de esta teoría nietzscheana de las pulsiones en permanente oposición en nuestro interior — teoría que podría denominarse “teoría del caos pulsional”, y que para Nietzsche constituye una realidad que debe aceptarse y abrazarse tal cual. En primer lugar (segunda tesis), no hay que destruir ni aniquilar, sino *disolver* la pulsión malsana — es decir, inadecuada al contexto — en nuestro *lecho fisiológico*, antes de su transmutación en visión o idea. Para ello es preciso encontrar, mediante el sentir, en ese lecho fisiológico — y eventualmente en relación con el exterior —, otra pulsión que sea sana. Por último, la culminación de nuestra propuesta (tercera tesis) consiste en que la pulsión en proceso de disolución, mientras retorna al lecho fisiológico — nuestra “Madre Tierra” personal —, nutra la potencia ascendente procedente de dicho lecho, que contribuya a su ascenso y a su expresión. Vemos, pues, que se trata de un *trasvase de potencias, en forma de “U”*: partiendo de una situación en la que dos potencias se oponen, una de ellas ayudará a la otra disolviéndose primero en nuestro lecho fisiológico para volver a ser energía vital bruta, informe, indiferenciada, no individuada, capaz así de nutrir cualquier otra potencia en su ascenso. Ilustramos nuestra teoría mediante el siguiente ejemplo. Cuando se goza de mala salud (entendida, esencialmente, como salud física, cerebro incluido), o cuando se está en una situación de debilidad vital respecto de otro, puede ser grande la tentación de apelar al amor, incluso a la piedad, o, por expresarlo de un modo más cotidiano, a la amabilidad — que, en un sentido demasiado poco conocido, es exactamente lo contrario de la bondad —. Si bien esta estrategia puede eventualmente resultar útil para la supervivencia, su sistematización es perjudicial a largo plazo, pues constituye un mecanismo (a menudo inconsciente) de destrucción progresiva de la potencia de afirmación corporal en nosotros — potencia que asociamos esencialmente a esos fenómenos que son los instintos y a la energía genital. En particular, este mecanismo de destrucción puede terminar privándonos de dicho recurso cuando resulta indispensable, lo cual es grave para la salud. Sugerimos, por tanto, un método fisiológico para expresar el amor *profundo*, no en contra de la potencia de afirmación corporal, sino casi como producto suyo. Pensamos que la fisiología debe sostener el marxismo. Finalmente, esta es para nosotros la única manera de expresar el amor profundo que resulta beneficiosa para la salud del ser humano y para su crecimiento vital, incluidas las mujeres.

Índice

1. Teoría	4
1.1. Tensión filosófica, dos primeras tesis y consecuencias importantes . .	4
1.2. Tercera tesis: superación dialéctica	8
1.3. Resumen extenso de la parte “Teoría”, con detalle de ciertos procesos	10
1.4. Otra propuesta de solución: unir los músculos a la fisiología de las vísceras	12
2. Práctica: ilustración de la teoría mediante el ejemplo “guerra frente a amor”, cardinal por hallarse en el origen mismo de la aparición de la teoría	13
2.0. Introducción	13
2.1. Ejemplo de la tensión general presentada en la primera sección	14
2.2. Recordatorio de la “solución” histórica: esencialmente destructiva, demasiado poco dialéctica	16
2.3. Nuestra superación, esta sí dialéctica: la fecundación mutua de las potencias	17
2.4. Resumen explicativo de la teoría que obra en el ejemplo anterior y desarrollos	18
3. Conclusión	20
Bibliografía	21

1. Teoría

1.1. Tensión filosófica, dos primeras tesis y consecuencias importantes

Introducción y primera tesis: no negar la verdad. Planteamiento inicial. Aquellas ideas acerca de nosotros mismos o del mundo que producimos — no necesariamente de manera consciente, por supuesto — en un movimiento fisiodinámico más¹ o menos² afirmativo³⁴, y que por ello golpean con gran claridad nuestra mente y nuestro cerebro, son para nosotros verdades — cuyo estatuto preciso, dicho sea de paso, habría que aclarar⁵; en particular, hay que guardarse de inmediato de absolutizar esas verdades, es decir, de volverlas ciegas a todo contexto. Entre esas verdades, a menudo sentimos la tentación de rechazar, incluso de negar, y luego olvidar, las que resultan más difíciles de soportar. Pero no debemos perder de vista que todas esas verdades, incluidas las más difíciles de soportar, son derivadas, producidas, generadas⁶ por nuestras potencias vitales; son su correlato, su consecuencia, su prole⁷⁸. Ahora bien, digámoslo desde el principio: uno de los postulados de este trabajo es que toda potencia vital es buena, es decir, sana, siempre que se sepa utilizarla adecuadamente, esto es, con la intensidad conveniente y en la situación o el contexto apropiados.

Tensión. El párrafo anterior contiene implícitamente nuestra tensión filosófica: entre, por una parte, el dolor que tratamos de evitar y, por otra, la necesidad vital de no apartar de él nuestra mirada⁹, de *soportarlo, en cuanto expresión de una de nuestras potencias vitales — expresión que debemos honrar —*, y también *para dejarle la posibilidad de transmitirnos su mensaje vital* — siempre que en nosotros se ponga en marcha un trabajo de reflexión por nuestra parte.

Primera tesis: no negar la verdad. Nuestra primera tesis¹⁰ es que nunca debe ocultarse una verdad *de manera consciente* — sobre todo, en el contexto de este trabajo, cuando dicha verdad ha sido producida de forma muy directa por una potencia, es decir, cuando hay pocas operaciones metafísicas intermedias entre la primera verdad producida por esa potencia y la verdad que constituye aquí nuestro objeto de estudio. Mantenemos nuestra tesis incluso ante grados elevados de dolor provocados por esa verdad, a condición de haber ejercitado previamente la plasticidad cerebral y, en par-

¹Recomendación de Nietzsche acerca del modo de gestionar estos fenómenos.

²Recomendación de las TCC acerca del modo de gestionar estos fenómenos.

³Se trata esencialmente de las ideas causadas por la vida del cuerpo de las que Nietzsche habla abundantemente.

⁴“Más o menos afirmativo” aunque este fenómeno se experimente a veces como algo que sobreviene a pesar de nosotros.

⁵Son, *como mínimo*, informaciones acerca de nuestra vida orgánica, la vida de nuestro cuerpo, cerebro incluido — que aquí opongo, por tanto, a la mente. Se trata, pues, de verdades en cuanto fenómenos internos a nuestro ser (que consideramos como la metasimbiosis entre el alma y el cuerpo).

⁶Adviértase la gradación de los conceptos, [derivadas → producidas → generadas], que subraya el paso de las verdades a las potencias, de lo metafísico a lo orgánico, a lo vital.

⁷También aquí, en esta gradación, la idea consiste en destronar la lógica en favor de lo vital, de nuevo desde una perspectiva nietzscheana.

⁸Nos limitamos aquí a las ideas producidas por el cuerpo; es decir, dejamos de lado todo “fenómeno” de esta índole que fuese producto de encadenamientos estrictamente metafísicos de la mente.

⁹Por poco intenso que sea ese dolor, por ejemplo cuando se opta por un distanciamiento sensorial respecto de la idea potencialmente dolorosa, cuando se la pone a distancia observándola desde muy lejos a partir de la conciencia, como recomiendan las TCC; volveremos sobre ello más adelante.

¹⁰Que representa un paso afirmativo adicional respecto del mero carácter implícito de las frases iniciales que sugieren nuestra tensión, y también respecto del enunciado de nuestra tensión en la frase precedente.

ricular, la capacidad de distanciamiento sensorial respecto del mundo metafísico de nuestra mente — lo que recuerda la recomendación de las TCC. El riesgo que se corre al desobedecer la exigencia de nuestra primera tesis consiste en “castrar” en exceso la potencia que produjo en nosotros esa verdad dolorosa y, con ello, en dejar de poder reinvocar en el futuro dicha potencia en una situación en la que resultara útil — algo que nunca deja de ocurrir, pues toda potencia se revela útil en algún momento de una vida, si se lleva una vida suficientemente rica.

Acuerdo preliminar con las TCC sobre la necesidad de no negar la verdad y primera crítica de las TCC. Advirtamos de inmediato que nuestra primera tesis coincide con las TCC. El punto en el que divergiremos de ellas es el hecho de dejar que esas verdades se manifiesten cuando no tienen razón de hacerlo y podrían ser fuente de dolor. Evidentemente, las TCC están concebidas como una herramienta para el caso en que realmente no consiguiéramos impedir que ciertas verdades nacieran en nuestra mente; pero precisamente invitamos al lector preocupado a *no complacerse en las TCC*, a no adquirir la costumbre de dejar emerger en su mente verdades que no tendrían razón de ser en un contexto determinado, con el pretexto de que puede distanciarse de ellas y observarlas desde la conciencia. El riesgo de abusar de las facultades de la conciencia es desconectarse en exceso del cuerpo. Más generalmente, toda focalización excesiva del sujeto en una sola parte de su mente, y en términos más amplios en una sola parte de su ser, es potencialmente peligrosa; el lugar privilegiado para evaluar ese peligro es el alma, y los demás lugares de evaluación son secundarios.

Ejemplo. Se pueden inducir, por ejemplo, las afirmaciones del primer párrafo de esta sección — titulado “Planteamiento inicial” —, así como su extensión a potencias del mundo en lugar de potencias internas al sujeto¹¹, a partir del ejemplo “sólido” de la ciencia (las verdades más robustas) en cuanto productora de la técnica, que permite multiplicar nuestra potencia¹² de acción sobre lo real. (Llamaremos potencia *multiplicada* a esta potencia de acción aumentada por la técnica, por oposición a la potencia vital de nuestras pulsiones.) La particularización de nuestra primera tesis en el ejemplo de este párrafo consiste en que nunca debe negarse en nuestra mente la verdad de la potencia multiplicada, pues bien podría ocurrir que algún día necesitáramos esa potencia. (Advirtamos que este ejemplo, sugerido como posible inductor de nuestra primera tesis, pertenece a la extensión antes mencionada de dicha primera tesis a las potencias del mundo.)

¹¹Estas potencias externas afectarán al sujeto como estímulos sensoriales externos (en lugar de internos) y, por tanto, en particular bajo este aspecto, la situación entra en el marco fijado originalmente. El punto en el que debemos ampliar dicho marco es que estas potencias externas no pueden *evidentemente* considerarse potencias fisiológicas internas al sujeto. Que esas potencias externas puedan despertar potencias internas constituye un nivel de análisis más profundo. Un vínculo relativamente inmediato que puede resultar tentador establecer entre el caso original de las potencias internas al individuo y el caso de las potencias externas es el siguiente: cabe esperar que, si cada individuo sigue las recomendaciones de este artículo, las potencias humanas políticas o sociales sigan asimismo, mediante una suerte de mecanismo de propagación gradual, las recomendaciones del artículo, tanto más si los grupos políticos o sociales son informados colectivamente de estos mecanismos.

¹²Esta potencia multiplicada está, por supuesto, vinculada a las potencias vitales que produjeron la técnica en cuestión, pero *a priori* no es la misma: es una potencia aumentada/redoblada precisamente por la técnica, que llega *después* del desarrollo de esta última, según el orden histórico [potencia vital → técnica → potencia redoblada].

Algunos comentarios adicionales sobre la primera tesis, que conducen hacia la segunda. Volviendo a la primera tesis, esto es, a la prescripción de no ocultar conscientemente las verdades, la siguiente reformulación no me parece inútil: si esa verdad se manifestó en nuestra conciencia en un momento dado, fue para recordarnos que no debemos obligarnos a olvidarla de manera violenta, que no debemos *rechazarla de nuestra fisiología*¹³, so pena de dejar de ser capaces de volver a desplegar la potencia generadora de esa verdad en una situación en la que la necesitáramos. Evidentemente, no todas las ideas que se manifiestan en nuestra mente son verdades, y aquí pensamos con gran precisión en ciertas ideas de entre aquellas que no proceden del cuerpo¹⁴; esas ideas que no son verdades pueden rechazarse, pero las verdades nunca — verdades que, en general, se manifiestan con mayor violencia cuando sentimos la tentación de olvidarlas, de modo que son reconocibles frente a las ideas que no son verdades; este es un punto importante.

Oposición a las TCC y segunda tesis: *disolver* las potencias malsanas. Lo que me dispongo a proponer en este párrafo se opone a las TCC. En efecto, estas últimas recomiendan, recordémoslo, no “ignorar” pero sí “ver pasar” desde la conciencia, nuestros pensamientos intrusivos potencialmente dolorosos, y esto presupone de algún modo¹⁵ que *los hemos dejado* emerger en nuestra mente. Lo que propongo (segunda tesis) es reorganizar la propia fisiología mediante un trabajo interoceptivo y fisiológico, de tal suerte que esos pensamientos — que desde la perspectiva de este trabajo son casi siempre verdades — solo se manifiesten *cuando sean verdaderamente útiles*. En los casos en que esas verdades no sean realmente útiles, corresponde a nuestra vitalidad ser suficientemente móvil, fluida e incluso “inteligente” como para impedir que se manifiesten, de forma natural, sin imposición contraria a la naturaleza. Se trata de conseguir que precisamente *no* tengamos que “verlas pasar” una vez aparecidas, sino que más bien *no* aparezcan si no tienen nada que hacer allí en un momento dado. *Esto es lo que llamo la curación fisio-cognitiva* o, puesto que la utilidad de nuestro trabajo va más allá de los casos patológicos, *el incremento de la propia vitalidad mediante el trabajo fisio-cognitivo*. A la luz de esta propuesta, las TCC no son sino un último recurso cuando nuestra fisiología *no* alberga potencias vitales capaces de operar en el marco del proceso de reorganización que acabo de sugerir — de una forma todavía vaga, ciertamente. Formulemos ahora con mayor precisión el mecanismo fisiológico que, a nuestro juicio, debe ponerse en marcha para impedir que una potencia malsana ascienda por nuestro cuerpo hasta transmutarse y formarse como verdad en la mente: hay que lograr *disolver* esa potencia durante su ascenso, antes de que alcance la mente. El éxito de la disolución depende de distintos factores: la existencia y la detección interoceptiva de otras potencias en nuestro seno que sí sean sanas, es decir, más apropiadas¹⁶, mejor adaptadas al contexto¹⁷, y candidatas al ascenso y a la expresión.

Ausencia de contradicción entre la primera y la segunda tesis: la *disolución* no es una *negación*, ni siquiera una *represión*, al menos “idealmente”. La expresión “de

¹³Pues fue una pulsión — o, en el caso de la extensión antes mencionada, el reconocimiento de una potencia del mundo — y, de una manera más armoniosa y rectora, aquello que llamo una *pulsión chakrática*, es decir, una potencia de una fisiología *sana*, lo que produjo la aparición de esa verdad en nuestra conciencia.

¹⁴La cuestión de si el cerebro está incluido como parte del cuerpo en el contexto de esta frase es delicada.

¹⁵Con la salvedad de que a menudo el individuo se encuentra precisamente desarmado ante la aparición de esos pensamientos y no consigue controlar tales apariciones.

¹⁶Lenguaje del “superyó” y del “yo” freudianos.

¹⁷Lenguaje del “yo” y del “ello” freudianos.

manera consciente” que utilicé en el tercer párrafo de esta sección, titulado “Primera tesis”, merece ser discutida. En efecto, el proceso de disolución de una potencia corporal determinada que acabo de proponer en la segunda tesis sí es una manera de impedir que la verdad asociada — a la protoverdad que constituye esa potencia — emerja en la mente, de “ocultarla”, podría sentirse uno tentado a decir. Pero, por una parte, dado que este proceso de disolución es llevado a cabo previamente por el sujeto sobre una protoverdad y no sobre una verdad, emplear el término visual “ocultar” constituye esencialmente un abuso, puesto que no se ha *visto* verdad alguna, sino que simplemente se ha *sentido interoceptivamente* una protoverdad — mediante sentidos distintos de la visión, al menos de la visión cartesiana, es decir, la de la ciencia, que ve clara y distintamente. Por otra parte, la finalidad última de este artículo es ser simplemente una herramienta intelectual al servicio de un trabajo fisiológico interno que cada individuo debe realizar y que se supone ha de volver esencialmente inconsciente e instintivo el proceso fisiológico de trasvase de potencias; en tal caso, el sentir de la protoverdad antes mencionada es completamente inconsciente, de modo que el empleo del término “ocultar” en esta situación última está todavía menos justificado.

Consecuencias importantes: no hay absurdo, y la existencia no precede a nuestras esencias primitivas¹⁸, poco individuadas¹⁹. Como extensión desde lo esencialmente psicológico hacia lo filosófico — más amplio, al menos —, mi crítica anterior de las TCC se aplica asimismo al “continuar después del absurdo” de Camus. La idea aquí es que el pensamiento del absurdo no surja en nosotros, que incluso su recuerdo sea *disuelto* y que, en adelante, solo se exprese nuestra respuesta vital a esa constatación de *un día pasado*, produciendo de hecho una disolución total del problema inicial del absurdo mediante un excedente de vitalidad. La respuesta a una conciencia *permanente* del absurdo, es decir, para nosotros, a un *traumatismo de la conciencia*, es Sísifo: una respuesta de traumatizado, una mecánica vital *estancada y ciega*. La respuesta de una vitalidad que disuelva el sentimiento de absurdo es, respectivamente, la vida *ascendente y visionaria*, y por ello creadora: la sangre que da una sola vuelta por nuestras venas y las recorre frenéticamente. Díganme, ¿dónde está el absurdo cuando uno se encuentra lleno de semejante sentimiento? Esto es lo que llamo “abrazar el movimiento de la naturaleza”: ¿la existencia precede a la esencia? No es seguro, salvo que se hable efectivamente de una esencia muy individuada en el sentido junguiano, como sin duda la entendía Sartre. Pero nuestra unión con la naturaleza, con las esencias no individuadas, precede a nuestra existencia o, cuando menos, la sostiene vitalmente y constituye su lecho intemporal. La muerte de Dios vuelve *necesaria*, desde un punto de vista vital, la fusión con la naturaleza. La sabiduría popular nos dice que el hombre está menos conectado con la naturaleza que la mujer, que es en mayor medida un “ser-arrojado” al exterior que la mujer, porque no “padece” los tormentos de la generación de la vida ni sus alegrías. A mi juicio, se trata para el hombre de conectarse tanto con la naturaleza como supuestamente lo está la mujer según esta sabiduría popular, de padecer también sus tormentos, que corresponden al hecho de ser atravesado por sentimientos

¹⁸Incluso cuando se considera que el hecho de existir es más evolucionado que el hecho de ser, pues las esencias primitivas presentes en el ser humano en desarrollo se hallan ya en una dinámica de existencia, aunque menos compleja que la del ser humano plenamente individuado.

¹⁹Afirmar de entrada que esas esencias, aunque no estén individuadas, no caracterizan enteramente al ser humano, al menos en términos de constituyentes elementales, no es en absoluto evidente para nosotros. Si tomamos, por ejemplo, como esencias no individuadas toda la gama de emociones y sentimientos que hoy conocemos en el ser humano, dudo que pueda decirse sin pestañear que el conjunto de esas esencias primitivas es totalmente incapaz de caracterizar por entero al ser humano.

de toda índole, sin apartarse de ellos, sino creando con ellos una unión simbiótica a la que debe sumarse la racionalidad. Todo comportamiento excesivamente calculador, perteneciente al orden del ejercicio del poder y del control, echará por tierra ese esfuerzo de conexión con la naturaleza del que hablo, “amordazará la sangre del hombre”, su hervor, su efervescencia o, más suavemente, su recorrido entusiasta, para dejar hablar únicamente a la pareja instinto-racionalidad, que constituye la *maldición* del hombre occidental. Y pensamos que ni Nietzsche ni siquiera Freud se liberaron por completo de esa maldición. Mi propuesta está más cerca de la de Hermann Hesse²⁰: una sublimación del amor, no solamente de la energía genital. En suma, esto debería ser natural: cuando la energía asciende desde los genitales hasta el cerebro, ¿no se supone que queda transfigurada, transmutada, por su paso a través del corazón y de los pulmones, situados a medio camino entre los dos órganos anteriores? Al menos, ese es mi sentir.

1.2. Tercera tesis: superación dialéctica

Primera fase de la superación: descenso de la potencia inoportuna hacia el ser, descenso estimulado por la labor de “persuasión” y de “cuidado” de la potencia sana. *Descripción principal de esta primera fase.* Nuestra superación dialéctica (en el sentido hegeliano) vitalista — sugerida al final del párrafo que explica la segunda tesis en la subsección anterior — comienza del siguiente modo. Si somos suficientemente receptivos a nuestro interior, seremos capaces de sentir en nuestro seno una potencia vital más adaptada al contexto y, por tanto, más sana que aquella potencia inoportuna cuya transmutación en verdad podría hacernos daño en el contexto en cuestión. Una vez sentida, esta potencia vital sana debe acabar por *persuadir* a la potencia vital malsana para que se disuelva antes de que esta última emerja en nuestro infraconsciente psíquico y llegue hasta nuestra conciencia. La potencia vital sana debe dejar después a un lado la persuasión y *ayudar*, mediante el *cuidado* y el *acompañamiento*, a la potencia malsana a disolverse. No hay que rechazar ni desterrar esa potencia malsana de nuestra fisiología, sino *disolverla en ella*. Ese es el comienzo de nuestra superación dialéctica vitalista. La potencia ascendente se muestra magnánima e inteligente, y con ello más rica, pues simplemente contribuirá al retorno de esa verdad inoportuna, o más bien de la potencia que la produjo, al lecho de nuestra fisiología y, más generalmente, a nuestro ser. Esto debe hacerse con ternura, antes que con fuerza (y aquí nos oponemos a Nietzsche), para que la potencia devuelta a nuestro ser no quede demasiado herida u ofendida, y esté dispuesta a volver a singularizarse, a volver a individuarse en cualquier momento futuro en que sea necesaria, sin desaparecer de nuestra fisiología. En resumen, hay que dejar que nuestra vitalidad *disuelva*²¹ las verdades que nos resultan inútiles en una situación dada o, más bien — puesto que recomiendo un trabajo fisiológico previo —, las potencias que las produjeron.

Necesidad del trabajo fisiológico en el individuo. A lo largo de una vida, hay que realizar un trabajo fisiológico personal para que nuestro ser²² — o, más bien, la dinámica entre nuestro ser y nuestras potencias — funcione instintivamente del modo descrito en el párrafo anterior, conforme a esa disolución. El retorno de una verdad, o

²⁰“No, ser amado no da la felicidad. Pero amar, ¡eso sí es la felicidad!”: cita de Klein y Wagner, de Hesse.

²¹O *apantalle*, aunque esta noción esté sin duda demasiado próxima — pese a ser diferente — de la de “ocultar”, que, como hemos explicado, precisamente no es apropiada.

²²Una vez más, describimos nuestro “ser” en una primera aproximación, como una suerte de simbiosis, a la que llamamos metasimbiosis, entre nuestra alma y nuestro cuerpo, nuestras dos partes esenciales, cuya separación *no* es deseable si se pretende actuar con *intención*.

más bien de la potencia de la que esta procede, hacia nuestro ser, debe realizarse de manera natural y tierna, no violenta; al menos, esta última modalidad resulta muchas veces poco fecunda. Una vez más, *no* es un rechazo, no hay en ello violencia alguna; es un “hush, baby, hush”, es la disolución, por la vida, de una verdad inútil en el “instante t”, la disolución de la conciencia de esa verdad — sin rechazarla del infraconsciente psíquico. O, más profundamente²³, es, respectivamente, la disolución de la potencia que origina esa verdad, sin rechazarla de nuestra fisiología.

Descripción complementaria de la disolución “asistida”. Una vez más, aun a riesgo de repetirme, la vida debe hacer que esa verdad se disuelva desde la conciencia hasta el infraconsciente psíquico, *dejando ascender en nosotros la potencia que se opone a la potencia de la verdad inútil en la situación mencionada*. O, más bien, la potencia que origina esa verdad debe disolverse en nuestro lecho fisiológico. Pero, evidentemente, esa potencia “perdedora”, a la que sin embargo no se habrá violentado, permanece presente en nuestra fisiología, en estado latente, así como en nuestro infraconsciente; y sabemos que, cuando lo real lo exige, la fisiología y el infraconsciente se expresan en nuestros actos — es decir, que, si en una situación determinada necesitamos esa potencia y esa verdad, entonces nuestra fisiología y nuestro infraconsciente psíquico las expresarán naturalmente, respectivamente, para que acudan en nuestra ayuda²⁴.

Segunda fase de la superación: ascenso de la potencia sana desde el ser, ascenso secundado por la potencia inoportuna que retorna o ya ha retornado al ser. Paralelamente al proceso de disolución de la potencia malsana asistido por la potencia sana ascendente, sostenemos que debe ponerse en marcha otro proceso: la potencia inoportuna, así ayudada y acompañada en su retorno hacia nuestro ser, debe sentirse estimulada por ello y llegar, a su vez, a *secundar* plenamente la potencia sana ascendente — evidentemente, también puede decirse “ayudar”, pero “secundar” es más adecuado. Es decir, tanto el descenso de la potencia inoportuna hacia nuestro lecho fisiológico como la nutrición de la potencia ascendente por ese lecho fisiológico así acrecentado deben ser, *in fine*, *deseados* por la potencia inoportuna. Si una potencia termina por rendirse a la evidencia de que su expresión está inadaptada en una situación dada y de que tal expresión sería, por consiguiente, malsana, que pase a nutrir, o simplemente a ayudar, a otra potencia que sea más apropiada al contexto. Extendemos asimismo nuestra recomendación al caso en que no sea tanto la falta de adaptación al contexto lo que vuelva inoportuno el ascenso de la primera potencia, sino el hecho de que esta última esté en realidad cansada o simplemente hastiada y, sobre todo, sea *lúcida respecto de ese hastío*, mientras que otras potencias muy alegres e impetuosas en nuestro seno desean expresarse desde hace mucho, pero han sido amordazadas — más o menos conscientemente.

²³Nietzsche ya habla de que el cuerpo porta la mayoría de las ideas. El psicoterapeuta Alexander Lowen desarrolló, siguiendo a Wilhelm Reich, un enfoque psicocorporal de la terapia, en el que se trata de liberar las emociones y los sentimientos mediante un trabajo corporal. Por último, Bessel van der Kolk estudió esta cuestión en el marco más preciso del *trauma*, en su obra *El cuerpo lleva la cuenta*. Nuestro valor añadido sería entonces, más precisamente, el sentir y la comprensión intuitiva, física, energética y biológica, del vínculo entre los flujos energéticos corporales y las ideas arraigadas en el cuerpo.

²⁴También se pueden gobernar estos procesos — la disolución de una potencia en uno mismo, o la autorización y la ayuda al ascenso de otra potencia — mediante la mente, como describe Jean Shinoda Bolen en sus obras sobre la psicología masculina y femenina al hablar de la “invocación” de los dioses, griegos o de otra índole, que están en nosotros, para tal o cual situación que lo exija.

Breve comentario general sobre nuestra superación dialéctica. La primera potencia, en lugar de permanecer en la frustración por su inadecuación al contexto, o por ser empujada y arrastrada hacia delante por una voluntad hosca, ciega a la sabiduría vital que aquí desarrollamos; esa primera potencia, pues, en lugar de tener la impresión de marchitarse o de someterse como esclava ante la otra potencia ascendente — esclavitud que, por lo demás, esa otra potencia *no desea* —, debe pasar a secundar y a nutrir dicha potencia ascendente. Se trata de promover la solidaridad entre nuestras potencias internas en lugar de su lucha. No es que no pueda producirse una lucha inicial o pasajera, pero *no es serio* dejar que perdure, del mismo modo que *no es serio dejar que nuestros hijos se despedacen entre sí*. Si se *honra* esa potencia actualmente inadaptada, o en dificultades, incluso sufriente, pero dispuesta a secundar a otra que asciende si siente que esta última sabe cuidarla, no faltarán ocasiones en las que la primera potencia quiera expresarse más que la segunda, haya “recobrado el vigor” y esté en perfecta consonancia con el contexto; entonces, la segunda podrá a su vez secundar perfectamente a la primera, si fuese necesario, por supuesto (pues no lo será forzosamente).

1.3. Resumen extenso de la parte “Teoría”, con detalle de ciertos procesos

Introducción. Consideremos una idea o una visión breve que viniera a golpear nuestra mente a pesar de nosotros, como pura reacción ideativa o visual a la percepción de nuestro entorno o a la interocepción de nuestro interior, es decir, de la vida (o “ausencia de vida”) de nuestro cuerpo — o incluso de nuestra mente, aunque este último caso debe considerarse más bien una posible extensión de este artículo y no como parte de su contenido. Una vez que esta idea ha “golpeado” nuestra mente, esta última la identifica y comprende, voluntariamente o no, con mayor o menor acierto; y, si se trata de una visión, se la percibe con mayor o menor claridad y distinción, y con mayor o menor distancia; con la presente frase queremos llamar la atención sobre el carácter más o menos consciente de la experiencia en cuestión, es decir, en términos de la ciencia contemporánea, sobre su carácter más o menos metacognitivo. Cuando una situación semejante se vuelve patológica, a menudo debido al carácter *involuntario* de la aparición de esas ideas o visiones breves, estas reciben, en psicología y psicoterapia, el nombre de “pensamientos intrusivos” o incluso “fobias de impulsión” cuando la persona siente la tentación de reaccionar físicamente en relación con esos pensamientos intrusivos y teme esa eventual reacción.

Primera tesis. Dada esta situación, sostenemos, en primer lugar (primera tesis), que nunca debe rechazarse semejante idea de nuestra conciencia, ni siquiera — y quizá sobre todo — cuando sea profundamente desagradable, mediante ese típico movimiento de rechazo por “barrido mental”, de negación, que la mente opera a veces y que supuestamente coloca la cosa “bajo nuestra alfombra mental” con cierta violencia.

Crítica de las TCC. En lo que respecta a este rechazo de la negación de la idea, estamos “en la misma longitud de onda” que las terapias cognitivo-conductuales (TCC), que constituyen la familia de psicoterapias que reúne actualmente el consenso científico más amplio. La prescripción típica de las TCC consiste en *dejar pasar esa idea*: no hay que negarla, pero tampoco hay que conferirle una pregnancia sensorial desproporcionada, ni quizá ninguna; lo que debe hacerse es observarla desde la conciencia y “desde muy lejos”, ponerla a distancia — del cuerpo, de los sentidos, precisamos

—; existe realmente, no es negada, pero no por ello nos representa desde un punto de vista sensorial, o en todo caso nos representa mucho menos de lo que podríamos sentirnos tentados a creer. Dicho todo esto, pese a nuestro acuerdo inicial con las TCC respecto del rechazo de la negación de esas ideas que golpean nuestra mente a pesar de nosotros, resulta evidente que dichas TCC no son sino un mal menor, una solución de último recurso que permite el *reconocimiento* de ese fenómeno interno sin que nos hiera en exceso, gracias al *control* que la *conciencia* ejerce sobre él. En efecto, desde el momento en que esa idea ha golpeado ya nuestra mente de una manera demasiado violenta o demasiado inadecuada respecto del contexto, parece evidente que existe un problema de salud mental — todo depende del lugar en que se sitúen los distintos umbrales, pero yo diría que el umbral principal es el grado en que el sujeto puede soportar el dolor provocado por esos fenómenos internos mentales o incluso fisiológicos. Como se dice en psicoterapia y en medicina, esta familia de psicoterapias que son las TCC trata los síntomas y no la causa de la patología.

Un camino hacia nuestra propuesta y su primera etapa, nuestra segunda tesis. Queremos proponer en este artículo una solución²⁵ que, como mínimo, nos parece mejor para tratar los síntomas y que, en el mejor de los casos, podría servir como base de reflexión para concebir experimentos científicos capaces de tratar las causas de la patología. Nuestra esperanza se funda en que la solución propuesta es fisiológica e infraconsciente y, por consiguiente, se sitúa *antes* del problema. En efecto, nos hallamos antes del problema, puesto que nos limitamos a las ideas “producidas” por la sensorialidad — sea como reacción a un estímulo exterior, sea como reacción a un estímulo interior, típicamente una pulsión corporal activa, de las que tanto Nietzsche como Freud hablan abundantemente. Excluimos, pues, de este primer trabajo las versiones o los desarrollos de esas patologías que fueran “puramente metafísicos”, es decir, típicamente, aquellos en los que la idea que golpea nuestra mente no constituye una reacción a un fenómeno corporal, sino a una idea anterior. El mecanismo fisiológico que, a nuestro juicio, debe ponerse en marcha en nuestro seno para prevenir los pensamientos intrusivos o las fobias de impulsión y, de manera más general, para evitar que una idea golpee nuestra mente a pesar de nosotros cuando el contexto no es adecuado, es el siguiente (segunda tesis). Hay que encontrar en nuestra vitalidad orgánica una potencia vital ascendente lo bastante “vigorosa”, o al menos impetuosa, “impregnada de sangre”, para que disuelva, por excedente de vitalidad, mediante la persuasión y el cuidado, toda protoidea, es decir, toda idea en gestación en nuestro cuerpo, en nuestra fisiología, que se sintiera tentada a convertirse en idea y a volverse identificable por la conciencia *cuando ello resultara demasiado doloroso o inadecuado debido al contexto*, es decir, por expresarlo más francamente, *cuando resultara malsano*, de tal suerte que, *in fine*, esa idea no llegue, *como mínimo* y con toda seguridad, a nuestra conciencia — y ello, por supuesto, sin un esfuerzo desmesurado de esta última —, que es el objetivo mínimo perseguido. Una idea que quizá acuda inmediatamente a la mente del lector es la siguiente: ¿qué ocurre con la solución “inversa”, a saber, lograr abrazar de manera sana, es decir, por una parte orgánica y fisiológicamente, pero sobre todo desde una conexión *entera* con nuestro ser, esa idea en gestación en la fisiología y en el infraconsciente? El postulado que preside la frase anterior es que la conexión entera con el ser desde la que esa idea en gestación gobierna nuestra acción debería volver sana dicha acción. Esta solución “inversa”, que debe adoptarse en ocasiones pero no se adapta a ciertas

²⁵Solución, por supuesto, terapéutica, pero que también permite acrecentar la propia vitalidad aun cuando se parta de una condición básica sana.

situaciones, ya fue propuesta por Nietzsche: consiste en estar en una forma de máxima intensidad vital en todo cuanto hacemos cuando se hace a partir de nuestros sentires y, en términos más amplios, de nuestra vida puramente *interior* (de modo que se trate de un actuar activo y no meramente reactivo) — intensidad controlada, evidentemente, por un principio de realidad arraigado en la preservación animal de sí.

Nuestra propuesta final: la tercera tesis. Pero volvamos a nuestra propuesta, esto es, la de disolver fisiológicamente una idea en gestación cuya aparición sería perjudicial. Lo que proponemos es, como ya hemos dicho, un tratamiento que interviene en una fase mucho más temprana que el de las TCC. Pensamos, de hecho, que hay que ir todavía más lejos (tercera tesis) que lo ya propuesto en la segunda tesis: la potencia vital malsana que origina la idea en gestación, potencia que se disuelve en nuestra fisiología, y la idea en gestación que se disuelve en nuestro infraconsciente psíquico, debe, en cuanto forma parte entonces, bajo esa forma disuelta, de nuestra “Madre Tierra” personal e íntima, *secundar* en realidad a la potencia sana ascendente — y, recordémoslo, disolvente de la potencia malsana. A medida que pasa a nuestra “Madre Tierra”, esa potencia en proceso de disolución debe nutrir la potencia ascendente. En otras palabras, no solo la potencia ascendente constituye una fuente de motivación para disolver la otra potencia — por su vitalidad y adecuación al contexto —, sino que la potencia que debe disolverse ha de participar también activamente en ese proceso: debe ayudar y secundar a la potencia ascendente en él. En otros términos, la potencia “perdedora” precisamente no debe vivir su disolución como un fracaso, sino como un retorno a nuestro ser, a nuestro “lecho fisiológico”, pues así lo exige la situación, que requiere además que esa potencia “de regreso al ser” nutra otra potencia cuyo ascenso es mucho más vital, por ser fuente de placer y no de dolor, y por estar en consonancia con el contexto en cuestión.

1.4. Otra propuesta de solución: unir los músculos a la fisiología de las vísceras

Sugerimos aquí una técnica que también consideramos mejor que la de las TCC y que puede utilizarse bien en caso de fracaso de nuestra técnica inicial, bien si conseguimos motivar su uso en lugar del de nuestra técnica inicial — véase al final del párrafo un argumento al respecto. La técnica es la siguiente. Se trata de un movimiento de rechazo total de la idea por parte de todo nuestro ser o, para expresarlo de manera más científica, de todo nuestro organismo. Este movimiento corresponde a una tensión nerviosa, emocional y muscular generalizada y momentánea de dicho organismo, cuyo propósito es impedir que esa idea siga desarrollándose como imagen mental pregnante, mediante un método corporal destinado a educar o reeducar al organismo para que reaccione y se proteja instintivamente de las situaciones que nos resultan perjudiciales, a fin de que dichos mecanismos terminen formando parte de nuestro instinto²⁶, de suerte que en el futuro nos protejan sin que tengamos que impartir una orden consciente con ese fin. Una característica de esta técnica consiste en utilizar los músculos, su contracción o relajación, para poner en movimiento las vísceras. Puede emplearse en caso de que fracase el trabajo personal interno efectuado directamente sobre las vísceras, trabajo que no pasa por los músculos para estimularlas, sino que consiste en una conexión directa entre las neuronas del cerebro y las de las vísceras. También puede sostenerse, dicho sea de paso, que siempre es bueno vincular músculos y vísceras al tratar de implantar

²⁶Se trata de volver a bajar desde la mente, o al menos desde su parte apenas consciente, hasta el instinto, gracias al paso por la emoción.

un mecanismo orgánico vital; desde esta perspectiva, la nueva técnica podría incluso ser mejor que la primera de la que hemos hablado en las subsecciones anteriores.

2. Práctica: ilustración de la teoría mediante el ejemplo “guerra frente a amor”, cardinal por hallarse en el origen mismo de la aparición de la teoría

2.0. Introducción

Los dos ejemplos principales de ideas dolorosas asociados a mi teoría, y que la han nutrido, son los siguientes. En primer lugar, las ideas guerreras inadaptadas al contexto — y, como menciono en el caso general, pueden ser una reacción tanto a la percepción de nuestro entorno como a la interocepción de nuestro interior. La verdad que no debe negarse en este ejemplo: las pulsiones y las ideas guerreras asociadas, muy intensas. El segundo ejemplo que ha nutrido mi reflexión es el de los sentires e ideas dolorosos de un despliegue *profundamente inadecuado* del amor en uno mismo²⁷ y hacia el exterior²⁸, cuya raíz cultural e incluso antropológica más conocida se halla en el caso de Jesucristo frente al Imperio romano. La verdad que no debe negarse en este ejemplo: existen casos en los que el despliegue del amor es, con toda verosimilitud, producto *exclusivo*²⁹ de la *impotencia corporal y eventualmente guerrera*.

Existe un vínculo importante entre estos dos ejemplos y, de hecho, es más ese vínculo que los dos ejemplos anteriores considerados independientemente lo que constituye un verdadero caso de estudio completo para nuestra teoría: en efecto, el despliegue del amor de tipo “Jesucristo” (segundo ejemplo) es, sencillamente, una *mala*³⁰ respuesta a un caso particular de sentires e ideas guerreros que emergen en uno mismo en un contexto (muy) inadecuado.

El carácter malo de esta respuesta es doble. En primer lugar, en una solución de tipo Jesucristo, las pulsiones y las ideas guerreras iniciales (reacción a una amenaza gigantesca para nuestra vida) quedan, evidentemente, pura y simplemente aniquiladas de nuestra psique e incluso de nuestra fisiología; en suma, la persona niega totalmente las ideas en cuestión y se niega categóricamente a integrar el mensaje que estas tienen que transmitir, pues no ve ninguna solución, particularmente *colectiva*, es decir, para su pueblo, que pudiera derivarse de prestar atención a esas ideas, dado que la impotencia guerrera de su pueblo es total. Esta negación y aniquilación totales contravienen nuestra segunda tesis. Por otra parte, el individuo que niega así las pulsiones y las ideas guerreras presentes en él entra, en realidad, en una lucha nietzscheana a muerte contra ellas y contra la guerra en general, como si esta última fuese muy sistemáticamente mala y *bajo cualquier modalidad* — pues es preciso atender al tipo de discurso que

²⁷Despliegue del amor en uno mismo que corresponde a ese sentimiento específico de potencia que asciende en uno *desde un sentimiento de amor de nuestro ser*.

²⁸Expresión de potencia asociada al sentimiento de potencia mencionado en la nota a pie de página anterior.

²⁹Este carácter exclusivo se debatirá brevemente más adelante, a la luz de la historia del pueblo judío.

³⁰“Mala”, en todo caso, por una parte, a corto plazo, si no se han sopesado todas las opciones, pues pedir piedad debe ser absolutamente una posible — y digo bien “una posible” — respuesta de ultimísimo recurso frente a una amenaza para nuestra vida. Pero también “mala”, con toda seguridad, a largo o, al menos, a muy largo plazo para la humanidad, en cuanto perjudica la plena salud del ser humano, como mostró Nietzsche. A medio e incluso a largo plazo, puede considerarse, en cambio, que esta respuesta es en realidad buena, pues introduce Yin en una sociedad demasiado Yang y, además, favorece la mezcla étnica en esa escala temporal.

constituye el discurso de Jesucristo. Esta guerra a muerte contraviene nuestra segunda tesis. Acabo, en realidad, de describir todos los errores vitales que el individuo puede cometer en el caso del primer ejemplo antes citado, y tanto ese primer ejemplo como mis comentarios están asociados a lo que sería el fracaso de la primera fase — es decir, la fase de descenso — de mi propuesta de trasvase de potencias en forma de “U”.

Detengámonos ahora en el segundo ejemplo antes citado y mostremos de qué manera constituye el fracaso de la segunda fase del trasvase de potencias. Al término de la lucha a muerte entre la guerra y el amor en el seno del individuo, será el amor incondicional y universal el que extienda su hegemonía sobre el individuo, cuya psique acabará funcionando exclusivamente bajo una modalidad de tipo “Jesucristo”. Y ya hemos hablado de los problemas que este tipo de victoria plantea para la humanidad tanto a corto como a largo plazo, o cuando menos a muy largo plazo — hemos visto que la situación era sustancialmente distinta a medio e incluso a largo plazo.

El ejemplo total constituido por el vínculo entre los dos primeros ejemplos antes mencionados ilustra arquetípicamente nuestra lucha contra la destrucción mutua de las potencias y, por el contrario, en favor de su fecundación mutua.

En esta sección precisaremos ahora un gran número de dinámicas vinculadas a nuestro ejemplo total, partiendo y centrándonos en el profundo dolor que constituye la falta de un modelo de amor noble y, sobre todo, de una puesta en práctica de ese modelo, carencia que la cultura occidental padeció durante largo tiempo y continúa padeciendo — debido a una falta de integración civilizatoria y, por consiguiente, antropológica, tanto de la obra de Nietzsche como de la obra de Marx — desde la victoria del cristianismo en la moral. Partiremos, pues, en nuestro estudio exhaustivo, del segundo problema mencionado en el primer párrafo de esta subsección.

2.1. Ejemplo de la tensión general presentada en la primera sección

La idea susceptible de ser dolorosa. ¿Qué hacer con la idea siguiente, presentada por Nietzsche como una verdad — o, en todo caso, como una hipótesis muy probable —: el hecho de que los sacerdotes judíos, incluido Jesucristo, que representa la culminación de cuanto sigue en cursiva, *excitaron la potencia del amor en ellos y en el seno de su pueblo porque este no podía competir militarmente con los romanos*? Pero antes de continuar, expliquemos de qué manera este ejemplo entra en nuestro marco teórico general. Si adoptamos el punto de vista de un lector de Nietzsche, se trata aquí de un conflicto entre potencias que no son nuestras, sino del mundo, una extensión de nuestro marco original que, no obstante, ya hemos considerado en nuestra parte teórica. La potencia malsana es aquí la del amor, debido a “la forma³¹” bajo la cual este se desarrolla en la situación que nos ocupa (volveremos sobre ello más adelante), y la potencia sana que debería desarrollarse en su lugar sería una potencia guerrera que se opusiera a la potencia guerrera adversa (la de los romanos). La tensión entre esas dos potencias — en el seno, en este caso, de quien padece esa potencia guerrera adversa — constituirá el objeto inicial de nuestra dialéctica. Evidentemente, habría que discutir con más detalle el carácter sano o malsano de esas dos potencias — aunque ya hemos iniciado anteriormente esa discusión, al condicionar el carácter sano o malsano de una potencia a la escala temporal en la que se considera su acción más efectiva —, pues, en este caso, los judíos no disponían de muchas opciones si querían intentar sobrevivir a

³¹“Forma” o “fondo”, sería algo que habría que discutir.

las invasiones romanas. Cuando menos, pensamos, con Nietzsche, que el tipo de amor antes mencionado resultó efectivamente malsano *a largo plazo*³² para la humanidad occidental — aunque la cuestión consiste evidentemente en saber si existía una manera mejor de “equilibrar el Yin y el Yang” en Occidente, dado el rodillo compresor guerrero que constituía la civilización romana.

Causa precisa del posible dolor. Lo doloroso en esta idea que nos ocupa, si se la siente como una verdad³³, consiste en extraer de ella la consecuencia de que *toda* forma de amor solo se desarrollaría *contra* una potencia guerrera adversa y no podría ser sino *reactiva*. En efecto, uno de los objetivos de nuestro trabajo es sugerir un método fisiocognitivo de despliegue del amor que vaya de la mano de una potencia de afirmación corporal, cuya expresión comprenda al menos cierta vehemencia, en caso de no ser estrictamente guerrera (el carácter plenamente guerrero no es necesariamente deseable); en otras palabras, queremos que la potencia de afirmación corporal secunde y sostenga el despliegue de la potencia del amor, en lugar de oponérsele y estimular así un tipo de amor que solo se despliega en esa oposición a una potencia guerrera — tipo de amor que cae en la decadencia cuando termina negando pura y simplemente la necesidad potencial del conflicto corporal o en términos de acción material eficaz para afrontar, e incluso destruir o neutralizar, la potencia guerrera adversa. Una cosa que debe comprenderse es que desplegar en nosotros un amor en oposición a una potencia guerrera adversa tiene el efecto típico (al menos así ocurre en el ejemplo histórico que nos ocupa) de *destruir* progresiva pero “seguramente” *nuestra propia* potencia guerrera.

Debate acerca del estatuto de verdad de la idea que nos ocupa. Pero detengámonos un instante en la evaluación de la verdad de la idea que hemos puesto en primer plano. La objeción más seria que puede formularse contra la verdad de esa idea, y que podría volverla falsa o, al menos, solo parcialmente verdadera, es que el pueblo judío ya portaba en sí el amor antes del conflicto con los romanos, y en mucha mayor medida que el pueblo romano en todo caso, de suerte que haber excitado de tal modo el amor en su seno, como hizo Jesucristo de manera paroxística, no obedecía por completo a las circunstancias y correspondía suficientemente a una idiosincrasia auténtica de la cultura y de la religión judías. En apoyo de esta objeción, recordemos que es de dominio público que el dios del judaísmo porta en sí la compasión (aunque, desde luego, no solamente ella³⁴) desde mucho antes del encuentro entre judíos y romanos,

³²A corto plazo habría que debatirlo, pues los sermones de los sacerdotes judíos y de Jesucristo no impidieron que los romanos masacraran a numerosos judíos y después a numerosos cristianos. A medio plazo fue más bien sano, puesto que se estableció una dialéctica vital cuando el Imperio romano se convirtió al cristianismo. A largo plazo, en cambio, la ausencia en Occidente de un modelo de amor *profundo* distinto del de la cristiandad fue, para nosotros, sumamente pernicioso.

³³Y las probabilidades de sentirla así son grandes, por dos razones. Por una parte, es una idea muy próxima a las potencias que la formaron; ahora bien, nuestro postulado es que toda idea que procede directamente de las potencias (aquí no se trata de potencias de nuestro cuerpo, pero sí directamente de potencias de otros cuerpos) es una verdad. Por otra parte, el amor predicado por Jesucristo fue durante muchos siglos, al menos diecinueve, un modelo de referencia en Occidente, o en todo caso era a él a quien se remitía en última instancia, aunque pudiera haber una fase inicial de seducción impetuosa — que no carece de relación con el modelo de amor que buscamos, aunque sea infinitamente menos profunda que este — por parte de los hombres (e incluso de las mujeres en ciertos casos).

³⁴Somos perfectamente conscientes de que el Antiguo Testamento de los judíos contiene tantos horrores familiares y sociales como la mitología griega, pero el conocimiento superficial que tenemos de la historia grecorromana y de la historia bíblica es claramente insuficiente en este punto; tendríamos que estudiar la cuestión de la compasión y del amor en general en la cultura y en la religión judías. Para determinar, pues, si en algún momento de la historia prerromana del pueblo judío se predicó semejante amor no por impotencia

mientras que ni el pueblo griego ni el pueblo romano (que se inspiró en los griegos) portan en sí esa compasión — ninguno de sus dioses la posee como atributo principal. Pensamos, no obstante, que el elevadísimo grado al que Jesucristo llevó el amor estaba efectivamente ligado a una impotencia guerrera frente a los romanos, puesto que una predicación semejante, si el enemigo la escucha y la sigue, nos salva la vida, y todo ser vivo posee el instinto de supervivencia³⁵. Por otra parte, queda por saber si el amor y la compasión que el dios del judaísmo portaba en sí antes del encuentro entre judíos y romanos eran realmente tan idiosincráticos dentro de la cultura y la religión judías como para justificar que se apoyaran tanto en ellos ante la adversidad. En caso contrario, esa excitación del amor por los sacerdotes judíos y Jesucristo parecería oportunista, artificial, inauténtica y falaz.

Lo que debemos hacer para no sufrir por la idea que nos ocupa o por sus desarrollos metafísicos. Volvamos ahora a la idea en cuestión y supongamos que se la siente como verdadera³⁶. Esta verdad, en cuanto verdad, bien podría resultar útil en ciertos momentos (estrategia de supervivencia en un momento de extrema debilidad física). *Pero lo que buscamos, ya lo hemos dicho, es un amor en nosotros que no proceda de impotencia alguna en nosotros y, en particular, que no proceda de una impotencia física, sino, por el contrario, de una potencia física.* Por tanto, a nuestro juicio, es evidentemente, como ya hemos dicho, el hecho de convertir la verdad de la que hablamos en una generalidad lo que resulta doloroso, a saber, pensar que el amor procede *sistemáticamente* de una impotencia física. Una vez más, nuestro propósito es elevar la potencia del amor en nosotros no a contrapelo, sino como producto de una moral de la afirmación (o, sencillamente, en consonancia con esa moral); volveremos sobre este punto más adelante. Dicho sea de paso, pensamos que Marx realizó ya este gesto, aunque no conscientemente (es decir, sin dialogar con Nietzsche³⁷), pero queremos estudiarlo en el marco de nuestra metafísica fisiologista hegeliana de las potencias, que se desarrolla en el presente texto.

2.2. Recordatorio de la “solución” histórica: esencialmente destructiva, demasiado poco dialéctica

En esta subsección damos un paso atrás y volvemos al primer ejemplo de la introducción de esta sección, a saber, el ejemplo de las pulsiones y las ideas guerreras que pueden ascender en uno mismo en un contexto inadecuado.

Resumamos la situación. Desde el punto de vista de un judío frente a los romanos, esto es lo que ocurre fisiológicamente en él. En primer lugar, constata su impotencia física frente a los romanos. Lo que sigue se describe a continuación. Al desarrollar la potencia del amor por pura impotencia física (es decir, en el plano del instinto, de los músculos y de la técnica), lo que se expresó fue la voluntad de poder³⁸ del pueblo judío (conclusión de la *Genealogía de la moral*). En otras palabras, la vida encontró una

guerrera, sino por una potencia vital del corazón, que viniera eventualmente, por el contrario, a secundar una potencia guerrera pasada o, cuando menos, una potencia *corporal muscular*, habría que realizar un estudio histórico de la historia judía anterior a la invasión romana.

³⁵No garantizamos el carácter implacable de la conclusión lógica de esta frase; habría que revisarla.

³⁶En este párrafo hay repeticiones respecto del segundo párrafo de esta subsección, pero se trata de un punto muy importante del desarrollo.

³⁷Quizá nos equivoquemos aquí. Acaba de publicarse un libro titulado “Nietzsche versus Marx” que quisiéramos leer cuando el tiempo nos lo permita.

³⁸Que es “voluntad de sentir la propia potencia”.

potencia que paliase una impotencia, de una manera indirecta que habría que precisar, esto es, mediante una acción a medio/largo plazo y no a corto plazo. Pues, en efecto, como recuerda Nietzsche explícitamente, el cristianismo sí venció³⁹ a medio/largo plazo (conversión del Imperio romano al cristianismo algunos siglos después de la aparición de este último).

El problema es que la forma en que Jesucristo resolvió el problema es destructiva: no se limitó, como recomienda nuestra segunda tesis, a disolver cuidadosamente la potencia guerrera presente en él para hacerla pasar a su lecho fisiológico. No, Jesucristo aniquiló radicalmente esa potencia guerrera en sí mismo, y ello se trasluce en su discurso hasta en las expresiones más nimias. En realidad, Jesucristo adoptó una solución radicalmente nietzscheana (este calificativo es evidentemente anacrónico), asociada a una guerra a muerte entre pulsiones e ideas derivadas.

Jesucristo encontró una potencia que venía a destruir radicalmente la potencia asociada a la verdad incapacitante de la impotencia guerrera de su pueblo. Esta nueva potencia, la del amor universal, totalmente generalizado, convertía la verdad incapacitante e inútil en algo que le era indiferente; ya no constituía su preocupación, y preocuparse por ella habría frenado su impulso vital (sin referencia técnica a Bergson aquí). Tan poco le preocupaba esa verdad incapacitante, y tan grande era la potencia del amor que venía a destruirla, que podía elevarse, tanto mentalmente como en el plano del alma, a la condición de hijo de Dios.

2.3. Nuestra superación, esta sí dialéctica: la fecundación mutua de las potencias

Descripción principal. Lo que no nos agrada de la subsección anterior, como ya hemos señalado, es que semejante amor cristiano naciera de una impotencia del cuerpo (instintiva, genital, muscular, técnica), por expresarlo de forma simplificada/condensada (en particular, reduciendo esa impotencia al individuo, cuando se trata aquí de la impotencia de un pueblo en su conjunto). Pues queremos tanto esa potencia del cuerpo como la del amor — que, manifestamente, según el ejemplo anterior, pero también según muchos otros ejemplos mucho más triviales, actúa en favor del despliegue de la vida, incluso a falta de potencia corporal. Queremos todas las potencias para nosotros mismos, en la medida de lo posible, por supuesto, dado que el ser humano no es un dios — se trata, pues, en particular, de gestionar las potencias en su seno, de gestionar el cansancio o el hastío de ciertas potencias frente al vigor ascendente de otras. Diría incluso algo más, como de hecho ya he mencionado: queremos que el amor *proceda* de la potencia del cuerpo (aunque cabría pensar en la relación causal inversa), porque entonces, a nuestro juicio, quedará multiplicado (quizá nos equivoquemos aquí; en realidad, no es tan sencillo). Por otra parte, producir un mecanismo semejante, encarnarlo con nuestra persona, permitiría ni siquiera tener que apartar la verdad nietzscheana acerca del amor cristiano nacido de la impotencia. En efecto, si conseguimos encarnar ese amor procedente de una potencia del cuerpo, ello nos da la esperanza de que pueda ser así para todos en el presente y en el futuro, de manera que el amor nacido de una impotencia no sea ya sino una suerte de arma vital de extrema urgencia que, una vez más, permanece grabada en nuestra fisiología, pero no necesita expresarse en condiciones normales, puesto que en esas situaciones cotidianas disponemos de la potencia del cuerpo. Que esa arma vital no necesite expresarse en condiciones normales es sano,

³⁹Para nosotros, en realidad, no se trata de una victoria *dominante*, sino de una victoria que establece una dialéctica vital en el seno de Occidente, y para su bien, lo cual es completamente distinto.

pues el problema, cuando se expresa, es que viene a *destruir* otra potencia, la del cuerpo, por la forma en que se expresa (pedir piedad, típicamente, lo que equivale a impedir que una potencia adversa se exprese, en lugar de dejarla expresarse y confrontarla con una potencia del mismo tipo, eventualmente con alegría). No queremos potencias que destruyan otras potencias con semejante violencia. Queremos, ya lo hemos dicho, todas las potencias para nosotros mismos y para nuestra comunidad, en la medida de lo posible; más bien habría que decir que queremos cultivarlas todas en nuestro seno. Por tanto, hay que cultivar en particular tanto la potencia del cuerpo como la del amor, con mayor razón si pueden reforzarse mutuamente.

Perspectiva más general: nuestra superación como aleación entre la vida y la verdad. En resumen, una potencia semejante del amor, si fuese producida o simplemente reforzada por la potencia del cuerpo y, en términos más amplios, del organismo, del ser que se afirma, ya no procedería de una moral del resentimiento⁴⁰ — lo cual tiene el mal gusto, una vez más, de hacer *olvidar* la posible utilidad de la potencia adversa que causa el resentimiento (en este caso, la fuerza física para el combate) y, por tanto, su utilización cuando resulte absolutamente necesaria en una situación⁴¹ —, sino de una moral de la afirmación, más apta para la vida y su crecimiento. Eso es, en todo caso, lo que buscamos. Pues, a nuestro juicio, nunca debe intentarse “vender” a las personas potencias que destruyen otras potencias de una manera que no sea noble, es decir, mediante la mentira, como una simple estrategia de supervivencia que solo nos hace bien a nosotros, pero *no a la humanidad*, a riesgo de dejar de ser capaces de desplegar esas otras potencias en el momento oportuno por haber sido excesivamente destruidas. Quisiéramos que la vida (que nuestra mente se representa esencialmente mediante el color rojo de la *sangre*) y la verdad que promueve la acción (una combinación que nuestra mente se representa esencialmente mediante el color amarillo o blanco del *sol*) no jugasen al escondite. Quisiéramos que se reforzaran mutuamente. Es la asociación corazón-mente, ya cardinal en el budismo: el “citta” en sánscrito. Una vida que se afirma para enmascarar una impotencia es una vida que no va de la mano de la verdad, es decir, del reconocimiento y de la afirmación de una multitud de potencias diversas.

2.4. Resumen explicativo de la teoría que obra en el ejemplo anterior y desarrollos

El origen del dolor y nuestra vía hacia la alegría, el placer y la potencia vital. La primera idea que golpea nuestra mente en el ejemplo anterior es la siguiente: el pueblo judío predicó el amor únicamente porque era físicamente impotente frente a los romanos. Ahora nos permitiremos desarrollar en cierto sentido algunas derivaciones puramente metafísicas de nuestra teoría para proseguir nuestro análisis del ejemplo. Una segunda idea, derivada metafísicamente de la primera y que constituye una suerte de generalización o hipótesis de permanencia en el tiempo de un modo relacional históricamente situado, es que el modelo histórico de amor *profundo* de Occidente es malsano, pues es el del amor cristiano. Una tercera idea, derivada metafísicamente de

⁴⁰Moral que intentará justificar una impotencia como si fuese en realidad una potencia, que intentará convertir en ventaja propia la impotencia transformándola en una potencia que se opone a la potencia adversa causante de la impotencia en cuestión.

⁴¹En efecto, un mecanismo como el de Jesucristo constituye una profunda *ofensa* para la potencia de la fuerza física en nosotros, y semejante ofensa provoca que dicha potencia se niegue a acudir en nuestra ayuda en el futuro. Hay que procurar no *ofender* las potencias presentes en nosotros.

las dos primeras, es que el amor es malsano cuando procede de cualquier impotencia. El dolor constitutivo de estas experiencias de pensamiento y de sentir consiste en imaginar que puedan existir semejantes amores malsanos, en imaginar que nosotros mismos podamos originarlos. Consideramos, por tanto, que en esos casos debe proscribirse la expresión del amor. La tentación de expresar el amor en esos casos es malsana y carece de razón de ser, pues la potencia del amor no es entonces suficientemente vital. Un ejemplo histórico de otra vía, que evidentemente solo puede realizarse si se cumplen numerosas condiciones, consiste en despertar precisamente la potencia que se hallaba impotente en nosotros, aquí la potencia guerrera, y en hacer que dicha potencia secunde la potencia del amor que quiere ascender en nosotros, puesto que sabemos que viene a oponerse a la guerra: toda revolución política “de izquierdas” pertenece a este orden, y podemos pensar ante todo en la teorización marxiana de la revolución del proletariado⁴², que tuvo lugar efectivamente en 1917 en Rusia y en 1949 en China. Permítaseme una precisión antes de continuar. Inicialmente solo habíamos considerado ideas procedentes de sentires. Más arriba hemos ampliado en cierto modo este marco al considerar ideas procedentes de otras ideas. Pero cabría perfectamente sostener que la idea supuestamente nacida de otra idea nació más bien del hecho de haber sentido en la propia carne la idea anterior, con lo que volvemos esencialmente a nuestra situación inicial, que es la que aquí nos interesa ante todo.

Descripción de la superación dialéctica que recomendamos. Volvamos a la explicación de nuestro ejemplo. En lugar de disolver *de manera aniquiladora* su potencia guerrera, insuficiente frente a la potencia guerrera adversa, y de elevar el amor mediante esa disolución *aniquiladora*, como hizo Jesucristo, lo que el oprimido debe hacer es disolver su potencia guerrera en su lecho fisiológico, pero *sin aniquilarla*, y conseguir que pase a nutrir la potencia del amor mediante la lucha por una sociedad alegre, no asesina, y que establezca la igualdad como uno de sus principios fundamentales, *cuya naturaleza, no obstante, debe ser siempre objeto de debates activos en el seno de la sociedad*. Evidentemente, esto solo puede hacerse colectivamente. Para resumir este párrafo: la aspiración de un pueblo revolucionario está siempre asociada a la dialéctica que acabamos de describir, a saber, la guerra se subordina al amor y pasa a nutrirlo y sostenerlo; la guerra debe estimular el amor, sea como negativo de este, sea como ayuda para que este pueda desplegarse.

Antes de nuestra superación dialéctica: la obra de la dialéctica inversa. Quisiéramos describir en el párrafo siguiente una dialéctica inversa a la que acabamos de presentar, dialéctica inversa que, a nuestro juicio, tiene lugar antes de que pueda producirse la que acabamos de describir. La expresión guerrera de tipo “revolución de izquierdas” fue estimulada/incitada inicialmente por el amor, en cuanto modalidad distinta de la guerra, potencialmente fecunda, de relación entre los seres humanos. Cabría incluso decir que la potencia del amor nutrió de ese modo la potencia guerrera. Por supuesto, se nos dirá: ¿no acaban de afirmar que ese amor era malsano, puesto que nació entre los oprimidos? En cierto sentido sí, pero en otro no: el hecho de que la idea del amor, de una revolución que condujera a un régimen de izquierdas, surgiera en quien era físicamente impotente es, no obstante, representativo de una modalidad de relación que él conocía, que había experimentado anteriormente y que sabía que venía a resolver los

⁴²También cabe pensar en la Revolución francesa: los sentimientos de amor, en el sentido de amor al prójimo, estaban desplegándose intensamente entre los intelectuales protagonistas de dicha revolución. En cuanto a la Revolución estadounidense, pensamos que se trató mucho más de una lucha por la mera libertad.

problemas guerreros excesivamente destructivos. En resumen, quien concibe la idea del amor por impotencia guerrera no sacó ese sentimiento y esa idea del amor de la nada; simplemente recordó aquello que se opone a la guerra de una manera que supera su condición presente, puesto que se convierte en un ideal de sociedad. No obstante, en cuanto es consciente de que la sola expresión del amor en su situación de impotencia resulta malsana, que equivale a pedir piedad, a quedar a merced de la voluntad, del juicio y de la clemencia de quien lo amenaza, ya que este último manifiestamente no acepta la solución del amor, aquel que siente la tentación de expresar ese amor pasará a disolverlo en su fisiología para que ese sentimiento nutra otra potencia, en este caso — y esta es una particularidad del ejemplo que aquí tratamos — precisamente aquella cuya impotencia volvía malsano el ascenso de la potencia del amor, es decir, la potencia guerrera. La dialéctica resultante es, idealmente, una sociedad en la que cada cual pueda expresar su nobleza en el sentido nietzscheano (es decir, en el sentido de la afirmación corporal vehemente, pero que permanece recta y honesta) sin disminuir la de los demás, puesto que esa nobleza, esa afirmación, eventualmente guerrera o al menos confrontativa si fuese necesario, fue nutrida originalmente por el amor. Esta dialéctica tiene lugar, a nuestro juicio, en la acción y a corto plazo. A largo plazo domina la dialéctica anterior, la del amor nutrido por la potencia de afirmación corporal.

Comentario político. Para nosotros es evidente que ninguno de los regímenes socialistas que han existido alcanzó este ideal (que comprende las dos dialécticas que hemos descrito), en particular porque todos permanecieron en una etapa socialista y no pasaron a una etapa comunista. En la etapa socialista, la organización procede siempre, como en la sociedad capitalista, de arriba — un “arriba” distinto, ciertamente, del de las sociedades capitalistas, pero un “arriba” al fin y al cabo: procede de la planificación sin consideración de los deseos ni de la voluntad de los productores. No es que toda planificación o toda estrategia sea anticomunista, pero esa planificación debe tener en cuenta la voluntad de todos los productores si pretende ser comunista, gracias a una democracia verdaderamente digna de tal nombre.

3. Conclusión

En lo que respecta al mecanismo teórico de trasvase de potencias en forma de “U”, cabe preguntarse si admite como analogía el funcionamiento de un sifón.

En cuanto a nuestro ejemplo “judíos frente a romanos”, su gran sutileza, que ilumina profundamente el desarrollo de nuestra teoría, es la siguiente. Un lector poco atento podría ver nuestra segunda tesis como una simple desviación respecto del *rechazo*, del *destierro*, por Jesucristo, de la potencia guerrera presente en él: en efecto, el lector podría mostrarse escéptico ante la distinción *radical* que establecemos entre “rechazo” (mecanismo fisiológico que precisamente, y sin juego de palabras premeditado, rechazamos) y “disolución”. Pero todo se juega en esa radicalidad. Mientras el *rechazo* destruye, elimina y aniquila las potencias contextualmente inoportunas, impidiéndonos con ello reinvocarlas en el futuro dentro de un contexto esta vez adecuado, la *disolución* es cuidadosa y preserva esas potencias contextualmente inoportunas en nuestro seno.

En cuanto a nuestra propuesta final, la de la superación dialéctica, nuestra tercera tesis, queremos insistir en la noción de círculo virtuoso: si el horizonte consiste efectivamente en conseguir que una potencia contextualmente malsana pase a secundar otra contextualmente sana, esto no puede ocurrir si esta última no se ha mostrado previamente persuasiva, por supuesto, pero también cuidadosa y auxiliadora con la potencia

malsana. Y, *in fine*, la mayor persuasión no es en realidad la primera: procede de la capacidad de cuidar, no de la capacidad de desplegarse sola, con independencia de su “conciencia” acerca de la difícil situación de la potencia malsana. Pues esa capacidad de cuidar, cuando se añade a una capacidad de despliegue independiente y casi sin necesidad, constituye la prueba de una vitalidad muy superior a la de cualquier potencia “alfa” que avanzase sola, hosca y belicosa, o simplemente diera órdenes a cuanto encontrara; y pensamos aquí sobre todo en las potencias que supuestamente son sus aliadas, pero que ese hosco jinete solitario es incapaz de sostener, elevar o motivar, porque en realidad no tiene nada que *dar*.

Bibliografía

Crepúsculo de los ídolos, de Nietzsche: por qué el trabajo en el plano metafísico es sumamente insuficiente, de suerte que debe completarse mediante un trabajo cerebral y fisiológico.

La Genealogía de la moral, de Nietzsche: por qué la “solución” de Jesucristo frente a los romanos es perjudicial para la humanidad a largo plazo.

Fenomenología del espíritu, de Hegel: puesta en práctica de la dialéctica hegeliana a través del desarrollo de las distintas formas de conciencia.

Ciencia de la lógica, de Hegel: exposición abstracta y sistemática de la dialéctica hegeliana a través del desarrollo de las categorías lógicas.

Manifiesto del Partido Comunista, de Marx y Engels.

El Capital, de Marx.

Por un estatuto político del productor, de Bernard Friot y otros: manifiesto de la asociación Réseau Salariat, fundada por Bernard Friot. Recuerda la exigencia marxista de rechazar la subordinación en el trabajo. Obra en favor de la constitución de un lecho nutricio, no fisiológico como en nuestra presente propuesta, sino social y político, lecho que alberga asimismo todas las potencias potencialmente desplegables, como en nuestra teoría fisio-cognitivo-filosófica.